

LA MANO Y MACACO

RELATOS ABRIL 2018 PARA PROSA POÉTICA

El Macaco

Estos pequeños simios

Que balancean ramas verdes

No podrán frenar

El vendaval que sacude el árbol

Le dicen *Macaco*. Un aspecto desmedrado confirma su apodo. Pequeño, delgado, de brazos largos y finos; su rostro plano, le impide ser el hombre apuesto que él hubiese querido ser. Sin embargo, *Rufino*, se esmera en probar a pesar de su triste apariencia, que es hombre puntual, trabajador y eficiente. Su tarea diaria se inicia a las seis de la mañana en la pescadería junto a la playa del golfo. Una construcción precaria de dos habitaciones. Una de ellas con el piletón azulejado que limpia con entusiasmo para recibir al mediodía cientos de kilos de pescado fresco que los pescadores bajan en canastos y vuelcan ante su mirada y silencio. ¡*Hola Macaco!*, ¡*Adiós Macaco!* Es toda la comunicación de los pescadores agotados por su tarea ofrecen a este pequeño hombre adaptado al mar. Muchos se burlan porque su contacto permanente con los peces es tal, que olía a pescado. Su piel ofrece una descamación extraña. Aún así, *Rufino*, cumple rigurosamente los pasos que su trabajo demanda, abriendo al pez con habilidad de cirujano, extrayendo sus vísceras en los piletones luego de rasparlos en la superficie. Los deja listos para ser comercializado en bandejas de aluminio o pasarlos a una heladera muy antigua y efectiva, en espera de clientela que él no maneja ni trata. Sabe que a las doce del mediodía, una muchacha de cabellos negros y ojos verdes, acude a comprar y elegir dos pescados que ella misma saca de la bandeja cuando *Rufino* le ofrece la bandeja aluminizada. Es el único hecho que altera su rutina e ilumina el día. *Rufino* se conforma con verla; servirla, acumulando minutos para descargarlos en esa atención personalizada. La única, permitida por su dueño.

Esa imagen tan viva

Sacude su alma solitaria

Dejando que el salto del ángel

Viaje anhelante

Cuando se retira, *Rufino*, desde una pequeña y desnuda claraboya, admira embelesado un suave andar de caderas orgullosas, ofrecido inadvertidamente por la muchacha. Sueña lo

imposible. Lo que por vida fue negado; el amor de esa muchacha que lo elude. O peor aún; ignora su existencia. Esa mañana en su rutina, abrió un pez espada de veinte kilos. Entre sus vísceras, encontró cuatro pequeñas esmeraldas.

El desconcierto de lo insólito lo paraliza.

Teñidas de un diáfano verde

Las caras planas y filosos bordes

Despertaron la fugaz avidez

Del hombre

Rufino admira las piedras preciosas devueltas al tajar el estómago de pez. Están allí. Ofreciendo su inocencia. Repuesto, lavó, midió, admiró sus caras planas y suaves, y colocó a todas contra la luz de la ventana. Una luminosidad intensa penetró en la piedra y se desarmó como si fuese abanico de varillas verdes abrazando el espacio de la habitación lúgubre y solitaria pintándola de un verde maravilloso. Abrió la canilla lateral de la pileta y limpió con delicadeza todas las caras de las esmeraldas sintiendo en sus yemas, caricias del nuevo futuro. Aseguró su soledad en el instante que colocó las piedras en su boca que fue ingiriendo una a una con agua fresca. Cuando terminó. Regresó al piletón de trabajo y el filoso cuchillo abrió en muy poco tiempo, todos los pescados con prestancia y prolijidad. Estaba exultante. Feliz. Abrumado. Limpió la habitación. Colocó las bandejas en la heladera, se lavó con intensidad refregando con cepillo de cerdas duras la piel de brazos y manos. Colgó el delantal plástico, quitó las botas de goma y cambió sus ropas. Faltaba media hora para su salida. Esperó pacientemente mirando el mar que se ofrecía calmo. El oleaje de la playa a sus pies apenas se manifiesta en una cinta de espuma blanca que una y otra vez lame arenas pálidas. Las gaviotas consumen deshechos de peces y la brisa marina humedece el rostro soñador del pequeño *Rufino*, que piensa en esa muchacha de cabellos negros y ojos verdes.

Una imagen

Avasallante imagen

Invade la quimera

de un destino intrépido

Y ella; la joven mujer de cabellos negros y ojos verdes, camina con una suave brisa que le permite ondular sus cabellos sueltos y mover sus caderas en perfecta armonía con su mano libre que va y viene como un péndulo de oro. Sus piernas esbeltas están cubiertas de una piel húmeda color ceniza, los tobillos libres terminan en dos delicados pies descalzos, que no se cansan de acariciar la arena cuando sale de la pescadería con sus pescados embolsados como trofeo en la mañana diáfana. Sus ojos verdes impactaron el joven trabajador. Le pertenecen. Nunca había capturado una presa similar y tampoco logró una repuesta a pesar de acosarla por su belleza y candidez. Su andar provocativo, demuestra un orgullo intacto, firme, virgen. Ella muestra su cuerpo cubierto por delgados géneros de colores fuertes, vivos, que le dan ese toque alegre y deseado. Nunca se había fijado en *Rufino*. Se limita a mirarlo fugazmente, saludarlo y luego, elige dos pescados que diariamente busca desde su llegada al pueblo. Y regresa en silencio, ante la admiración de hombres que sabiendo su trayecto, interrumpen sus tareas en espera de esa alegría transitoria y gratuita que provoca mirarla y admirarla. ¡Es ella!... ¡Allí va! Todos gozan ese momento al mediodía, aún, con un sol cayendo con contundencia y fuerza cubriéndolos con un manto de misteriosa gloria. Ella pasa ignorando miradas y pensamientos lascivos de algunos que no se conforman con su figura. Desean poseerla. ¡Sacha!...gritan. ¡Sacha!. Imploran mientras ella continúa

indiferente a paso firme. *Rufino*; desde esa claraboya ovalada y pequeña, la persigue hasta que su figura desaparece en su pequeñez, cuando transita el ingreso a una avenida que él ya no puede sostener desde esa pequeña ventana.

Belleza imbuida de vida

Derrama una estela de deseos

Es para todos

Una misma fuente de vida

Rufino sufre prohibiciones de la Iglesia. Esa piedra gigante de opresión la sostuvo con estoicidad cuando había sido monaguillo y fiel concurrente a sus servicios en etapa temprana de vida, donde los pecados ocupan un universo inmensurable con los que asustan, invaden y retacean indulgencias. Grabaron a fuego el sexto y noveno mandamiento “*Se prohíben los pensamientos, deseos, miradas y obras deshonestas; las palabras, lecturas, y cantos obscenos, los espectáculos, las modas y los bailes indecentes y todo lo que induce al pecado de la impureza: palabras, obras pensamientos y deseos...*” De allí, su remordimiento al ver esa joven hermosa que acudía despertando sin saber ella, sus deseos más íntimos, produciendo una lucha épica entre lo real, el fruto prohibido y el pecado. Mucho cambió su vida después de encontrar las esmeraldas. Por un acto mágico, la primera venta de una piedra esmeralda le reportó dinero suficiente como para iniciar una vida absolutamente distinta. Su apariencia de simio y burlas cotidianas, fueron modificadas para descubrir un hombre elegante y respetado. Aún así, en esa mutación de apariencia, *Rufino* permaneció en su trabajo. Desde el momento de su transformación económica, pasó a ser el Sr. *Macaco* y la joven mujer altanera y orgullosa de su belleza, ignorante de ese hombre de olor a pescado, ofreció el primer saludo directo, contundente y claro, mirando sus ojos; penetrando su córnea, produciendo un cosquilleo glorificante en su retina. De vivir en la tristeza; de permanecer en zonas sucias y rechazadas con su habitación alquilada por quincena, compró una casa nada ostentosa pero cómoda, en un barrio de jerarquía y compró una bicicleta de engranajes y coronas, porque nunca aprendió a conducir automóviles o motos. Se paseaba trajeado e impecable por el centro, para acudir a su trabajo de destajador en la sala desnuda de pescados con el único objetivo de no perder el contacto con esa mujer, de la cual, estaba obsesionado. El deseo lo consumía como nunca.

Vencido el temor de castidad

Angelical, austero y difícil

Renunció al goce del cielo

Y desafió el poder celestial

Esa primera mirada lo sacó de aquel sepulcro irracional donde había permanecido. *Sacha* despertó sus dichas. Como un volcán humeante reaccionó saliendo del mutismo rutinario y alcanzó a decir palabras de aliento y admiración ante una muchacha que luego de comprar sus dos pescados, estampó dos besos en sus mejillas pálidas antes de retirarse ondulando su cadera, como si la brisa del mar estuviese concentrada en ella, en un ir y venir majestuoso. Sus dos manos capturaron la señal de cariño tomando su rostro con sus palmas. Descreyendo que había sido tocado por la diosa de *Yemanyá*: la emperatriz, de aguas acunadas por el mar. Y otra vez, esa figura esbelta se fue perdiendo por la calle hasta desaparecer en el vacío de la distancia. *Rufino* pestañea tratando de quitar sus ojos la desaparición que lo somete a la crueldad de la incertidumbre, regresando a su rutinaria tarea, poniendo el filo del cuchillo en la zona más frágil del pescado para desollarlo y ponerlo en venta. Decidió empeñar su segunda piedra para comprar un automóvil, que llevó empujando hasta la puerta de la pescadería y allí lustró su chapa y esperó el segundo día de gloria, cuando la muchacha preguntó de quién era el vehículo

tan moderno y lujoso. La repuesta de él fue clara y contundente. Ofreció las llaves del coche, las puso en la mano de la muchacha; invitó a sentarse y conversar en mayor intimidad. La tentación desmedida de poseerla surgió en el primer contacto con su mano, cuando ella, sentada en la mullida butaca, ofreció sus labios tibios y desafiantes que *Rufino* capturó con desenfado. Fue ella quién condujo el automóvil a la puerta de la casa de *Rufino*. *Ella*, quién abrió la puerta y luego se entregó con cuerpo y alma al placer plasmando anhelos. Capturada su imaginación, desbocó la impetuosa misericordia. Suya fue esa mañana; suya esa tarde donde nada existió más que el cuerpo perfecto de *Sacha*, que entregó un placer, que lo regresó a la vida, en un gesto intencional y generoso; porque esa joven, se llevó la tercera piedra como regalo máspreciado que pudo *Rufino* ofrecerle, en homenaje a su entrega.

Porque si en algún momento

Renunció a deleites perversos prohibidos

Decidió arder su alma en el infierno

Esmeraldas; poder. Inmortalidad. Piedras de faraones de Egipto. Piedra del amor, encontrada en entrañas del pez, o tal vez, desprendimientos del tesoro de Antocha en sus naves hundidas para historiar riquezas rescatadas fagocitadas hoy por un pez. Lo cierto es que las esmeraldas abrieron un camino a la ingenuidad del hombre maltrecho sin culpa de lo que es y será. Cuatro esmeraldas abrieron posibilidad a su sueño. Un sueño que también tenía periódicamente desde que las encontró y tienen significado claro: riqueza, ambición y protección espiritual. Una piedra queda. Una sola. *Rufino* repitió los encuentros con *Sacha* durante un tiempo prudencial, hasta que ella, enterada del origen de su fortuna, pidió la otra. Ese día, ella estaba radiante y exultante. Desplegó un abanico de habilidades que enloquecieron al hombre y obtuvo el premio. *Rufino* puso en la palma de su mano, la última pequeña esmeralda que ella admiró por las formas y colores. La besó con delicadeza mientras observó el rostro de un *Rufino* encantado de haber correspondido. En intencional y falso agradecimiento, se entregó tal como lo había planeado fríamente. Detestaba ese hombre. Le producía repulsión. Su deforme humanidad y el olor, rechaza el deseo. El aspecto opaco y simiesco suma. Pero bien valió la pena, haber sufrido poco tiempo. Y su sueño se hizo rutina.

Los sueños son eternos

Volátiles

Increíbles

Sabe que a las doce del mediodía; una muchacha de cabellos negros y ojos verdes, acudirá a comprar y elegir dos pescados que ella misma sacará de la bandeja, cuando él ofrezca el platón aluminizado. Es el único hecho que altera su rutina e ilumina el día. Ahora *Rufino* se conforma con verla y servirla, acumulando minutos para descargarlos en esa atención obsesiva no prohibida por el dueño. Cuando se retira, *Rufino*, desde una pequeña desnuda claraboya, queda embelesado, admirando el suave andar intencional y orgulloso ofrecido por la muchacha.

Y el valor de su vida

Se consumió en ese recuerdo

Un viaje de corta trocha

Una vida opaca

Soñó lo imposible.

Lo que por vida le fue negado.

El amor de esa muchacha que lo ignoró; o peor aún, negó su existencia a partir de la última esmeralda entregada con ingenuidad. Esa mañana en su rutina, abrió con ansiedad un pez espada de veinte kilos; entre sus vísceras, no encontró pequeñas esmeraldas. Solo pequeñas piedras y arenillas del fondo del mar. Un desconcierto lo paralizó. Regresó vencido a su rutina, disfrazado de fracaso, con su aspecto de simio recuperado, mientras la muchacha; regresó a comprar sus dos pescados durante años. Nunca reconoció haber estado con *Rufino*.

Lo ignoró eternamente.

Gvn



“La Mano”

Gustavo Adolfo Vaca Narvaja

Reg. Der Autor

Septiembre 2013

Son las once de la noche del 9 feb del 2018.

En este lugar, donde las lágrimas de Eva, ahogaron el edén, un rayo filoso abrió una brecha en la tierra y tras ella, escaparon aguas hacia filosas laderas, brotando cataratas en la misma cicatriz del hacha, donde nacen acantilados acariciados por aguas, disputando bravos caudales derrumbados. Emerge hoy, así, una efervescencia de espumas conjugadas en arcoiris eternamente activas de luz, y desafiante del arco perfecto. Nacidas en la eternidad, cuando la creación disputaba sus bellezas; los continentes se repartían entre océanos infinitos, apareciendo con toda su majestuosidad, en ese marco imponente: "Las Cataratas del Iguazú".

Esta pequeña introducción es para ubicar al lector. Aquí, en este lugar, vivo: Yo. ¿Que más puedo decirles? ¡Ah! que hoy, hace mucho calor, como lógicamente es el mes de febrero en Misiones. La humedad agobia, y vivo muy cerca de estas cataratas. Es más; soy un privilegiado de estar tan cerca de ellas, en este soberbio cuadro de naturaleza, donde se desarrollará mi historia.

*



Vivo sumergido entre plantaciones de té, y yerba mate. Los plantíos son extensos e imponentes, pero que quede claro: no soy dueño de estas tierras; solo un trabajador calificado, tipo capataz, para decirles algo, porque muchas veces, dirijo cuadrillas de quince o veinte personas para trabajar y recolectar Té y Yerba Mate. Mi casa es una casa estándar de habitaciones aireadas: living comedor amplio, cocina, galerías rodeándola y garaje, para mi vehículo, algunas máquinas y herramientas de trabajo. Tengo agua corriente, luz, y fundamentalmente libros. Este es mi vicio y también toda mi fortuna. Mis ahorros no son muy importantes, pero algo guardo para emergencias. También soy periodista sin horarios, escribo artículos semanales en el diario local sobre temas de alto impacto local.

I

Lo que pasó esa noche no podré borrarlo de la memoria. Quién escuche esta grabación – *la estoy haciendo*–, podrá imaginar que mis comentarios, son de una persona cuerda y asustada, a pesar que muchos, dicen que estoy loco, sobre todo, después de narrar este episodio. ¡Nò; no lo estoy! pero esa noche, estaba releendo a Víctor Hugo: *Los Miserables*, -mi libro de cabecera- y escuchando las *Bodas de Figaro*, interpretado por la orquesta sinfónica de Salzburgo, cuando el timbre sonó en forma insolente y desfachitado -*por su tiempo de permanencia*- Aturdía agresivamente, mientras yo estudiaba extendido en el sillón de mimbre, con ventilador de frente y ventanas abiertas por la humedad. El sudor recorría insistentemente todo mi cuerpo. Me levanté a disgusto-*lo confieso*-dispuesto a increpar al visitante por su falta de consideración y respeto. Enciendo la luz del hall, con una lámpara muy tenue -de 60 W- pero suficiente para alumbrar y no ser atracción de los millones de alimañas que merodean mi jardín en la noche. Abrí la puerta bruscamente, tratando de insinuar a la visita mi carácter alterado, haciéndolo culpable antes de escuchar la primera palabra que demostrara una disculpa.

Pero....¿Cual fue mi sorpresa?... No encontré a nadie. Y el timbre hostigaba y taladraba sin parar, agitando el silencio de la noche húmeda

Antes de continuar debo exponerles algo importante, que hace al hecho que voy a narrarles. No hace mucho tiempo, había escrito para el diario local, una nota que fue publicada a raíz de un asesinato local que decía así:

Sobre el asesino: *"Es un audaz y procaz personaje que obcecado intuyó el camino de su víctima, y tejió sin premura, un cuidadoso plan artesanal, capturando la autonomía grácil de ella, enfocada solo por sombras de la noche. Ese hábito enfermizo de posesión y asfixia, que invade al asesino, apagó la vitalidad y la razón de su víctima sorprendida, acompañando el avance fatídico, del funesto y pérfido verdugo, que deslizado en una calle de cortesía hipócrita, se acercó para dejar claro que la inseguridad es el más terrible flagelo visible, dejando como muestra, la muchacha sin vida"*

Era el *perfil* del asesino que yo sospechaba, un personaje psicópata. Yo señalaba los pasos que había dado -según mis investigaciones-. Recién al final de esa tragedia, le puse nombre y apellido completo del asesino, que, acribillado a balazos en su resistencia a la policía, yacía inerte sobre de una gran lago de sangre. Como dato curioso, su brazo izquierdo, estaba incompleto. Un muñón, reemplazaba su mano.

"Le decían el Manco".

II



Nunca me he sentido tan desconcertado y aterrado,

-debo reconocerlo-. Ustedes también lo estarían. Pero el dedo índice de un *guante blanco y manchado*, suspendido en el aire, continuaba apretando el suave botón del timbre, sin importar el sonido, y menos aún, mi semblante decididamente desarticulado, que no lograba recuperar aliento. Una mano enguantada con manchas de sangre y barro, absolutamente solitaria, estaba suspendida en el aire, tocando mi timbre.

Una mano con guante blanco manchado de sangre y sucio de barro, sin cuerpo que la sustente, flotando a la altura del timbre.

No podía recuperar mis reflejos, tampoco mi voz, o movimientos, y menos aún, salir del asombro. Estuvimos unos cinco o diez minutos, *cara a cara*, y no digo mirándonos, porque solo tengo al frente, un guante blanco deforme y sucio, a la altura del timbre, sin un cuerpo real que lo contenga. Mejor digo entonces *frente a frente*.

Un guante grotesco, con vida propia.

Un absurdo presente. Por un instante, la mano se separó del botón del timbre y suspendida en el aire, me señaló en dos movimientos -con su índice- ordenando que ingrese a mi casa. Luego palmeó mi cabeza con gesto amigable, dando carácter obligatorio a su señal, moviendo su mano cerrada como amenaza y el índice marcando la puerta. Me mandó, entrar en mi casa, caminando para atrás como los cangrejos. *La mano* me acosaba, diciendo lo que debía hacer, con el movimiento del puño y el índice, mostrando directamente la puerta de entrada. Ella misma; -la *mano*- cerró con delicadeza la portezuela desvencijada y señaló el siguiente lugar: el living. Allí fuimos, negando lo que estaba presenciando. Me hacía preguntas lógicas o absurdas con señas que yo no comprendía; depende desde que punto de vista se mire: una mano que puede ver, leer, ordenar o pensar....¡imposible hablar!. Ni la palma ni el dorso, y menos aún los dedos, pueden tener una sola célula nerviosa que sea capaz de hacer lo que esa mano enguantada hacía frente a mí. *La mano* comenzó a examinar objetos personales. Cuadros, adornos y en un momento dado, me señaló el sillón, apuntándolo para que me siente. Yo me senté, en estado de indudable estupefacción, por acatar órdenes de una mano flotante. Convencido lo irracional del acto totalmente ficticio, decidí por fin, terminar este absurdo. Me levanté, increpando a la mano, que estaba ahora, hojeando *Los miserables*, hoja por hoja, pasaba sus dedos sobre la página y luego arrancaba y estrujaba antes de tirarla al piso. Mi voz, rugió junto al cambio de concierto que estaba escuchando antes de este episodio. Ahora, era *Réquiem en re menor de Mozart* el que inundaba el ambiente; la mano con sus dedos índice y medio, aumentó el volumen y dejó el libro. Avanzó mansamente hacia mí. Se acercó justo a nivel de mi rostro y sin movimiento previo, movió sus cinco dedos como haciendo una gimnasia previa y comenzó a cachetearme una y otra vez, llevándome nuevamente al sillón. Al caer sentado, se abalanzó sobre mí y anudó sus dedos en mi garganta produciendo un estremecimiento de dolor y asfixia. Era una férrea garra, -diría como de acero- que obligó a pedir compasión con voz desencajada y extraña por la terrible compresión, ya que me era totalmente imposible, desprenderla. Lo intenté -confieso-, pero no pude.

Fue en ese momento que la mano accedió. Desenganchó mi cuello y se alejó débilmente, madurando algo más. Efectivamente: vino salvajemente con un puñetazo en el pómulo derecho. ¡Uno solo! y se retiró a la mesa de la computadora. Yo permanecía en estado de aturdimiento y sorpresa, y también, con un malestar agudo en cuello, pómulo y mente. Los cachetes arden, pero no duelen. El cuello sí. Pero no acerté a susurrar nada. La mano fantasmal sabe de su perfección, es como el descubrimiento del reo, con entrenamiento ajeno a mi conocimiento e imaginación. ¡Existe sin cuerpo! ¡Sin nada que sea visible a mis ojos y entendimiento! ¡Oh la perfección! de esa insólita forma que cautiva solitarios vagabundos en estado de profunda embriaguez, sin advertir que mientras su presunto cerebro ausente, teje redes de venganzas futuras y tumultuosas, se manifiesta con la agresividad de un tigre enfurecido ¿Cuales serán los límites de su maldad? -me preguntaba- ¿O los límites, que le permiten ese beneplácito, saberse dominador? ¿Quién que navegue en esta incertidumbre a la cual estoy sometido puede subsistir al temor, como si fuese un aguijón traicionero, que se infiltra en mi piel, sin dejar más rastro que una aureola roja: ¿podría acaso, comprender lo incomprensible?



III

Estaba técnicamente dominado e inmovilizado, pero a su vez, con la gran contradicción; la de no admitir para nada, que lo que estaba viviendo era real, a pesar que saber con absoluta certeza de no estar soñando por un solo hecho: el dolor físico que tengo por los golpes. Traté de hacer revisión de lo acontecido y trazar una estrategia, aprovechando que *La Mano* enguantada, había prendido la computadora y estaba leyendo *¡Mi correo!* detalladamente. ¡Se dan cuenta! De vez en cuando, dejaba la pantalla y con el dedo índice, y el pulgar, uniéndolos, hacía un círculo, se daba vuelta, y mostraba con su gesto su opinión, dando a entender, que ¡ratificaba lo que yo había escrito! Yo consentía como si tuviese que agradecer. ¡Estúpido de mí! -*pensaba en mis adentros*- Luego, *La Mano*, cerró mis correos, marcó

seleccionar todo, y apretó "eliminar" ¡¡y suprimió todos mis archivos!!! ¡¡Todos mis trabajos de largos meses sobre la flora de Misiones y sus leyendas!! Y todos mis escritos literarios. Empecé a gruñir, pero sin moverme del sillón, la denigré enérgicamente, ridiculizándola por su enclenque y risible figura. *La mano* apagó la computadora. Comenzó a tamborillar sobre la mesa, como pensando que hacer. Súbitamente, tiró todo lo que había en la tablero; incluida mi computadora portátil. Estaba irascible, furiosa. Tal vez por mis protestas-*supuse*- Enmudecí. No me moví. Tiritaba de pensar que regresaba a mi garganta y me ahorcaba. Por suerte la mano descubrió mi biblioteca. Sacó de la estantería libro por libro, hojeaba, y luego de destruirlos, los tiraba al suelo. Aproveché que estaba concentrada en esa destrucción, para medir la distancia que quedaba con la puerta de entrada. La mano está ocupada en devastar mi biblioteca. Comencé a deslizarme lentamente hacia la puerta de ingreso. Lo conseguí; pero la mano apareció inesperadamente en la puerta antes que yo, y tomó la llave: Puso doble traba. Ensartó el anillo de las llaves en su índice y comenzó a girarlas hasta que la llave se desprendió y saltó hacia atrás, despedida rumbo a los sillones. Hecho esto, se volvió hacia mí y con el índice nuevamente señaló el sillón en su mudo lenguaje como diciendo: ¡¡*Regresa al sillón!!* Curiosamente esta vez no me pegó. Regresé. *La mano* retornó a su tarea demoledora, esta vez concentrada en dañar todo lo que encontraba a su paso y golpeando con puño cerrado las paredes. La furia salvaje desatada, no encontraba la forma de hacer más perjuicio ¿Era este un sueño como el inicio de una pesadilla? O es una pesadilla, como inicio de un sueño ¿Quién podrá quitarme hoy el velo a esta duda? ¿Sueño como inicio de pesadilla? ¿Pesadilla como inicio del sueño? ¿Podré quitarme prontamente el manto de esta duda, ante una mano enfundada vivificada, fría, seca, rígida, lejana de toda vida terrenal y ante quién, -como yo- nunca imploró clemencia?

IV



Me di cuenta que tenía cerca mío un mortero indio, era tallado de un gran palo blanco (madera muy fuerte), de unos setenta centímetros. *La mano* estaba ocupada con su afán destructivo, y furiosa. Esto me daba un pequeño margen para correr hacia mortero. Tomé el palo con la seguridad del condenado, es decir, nada que perder; y haciéndome de fuerzas inexplicables me proyecté contra la mano, que estaba revolviendo ahora los cajones de mi escritorio. Logré asentar mi primer golpe tomando la sorpresa, como iniciativa. *La mano* terminó en el suelo. Más precisamente, en el rincón de la habitación. Estaba inmóvil; con sus dedos desplegados anunciando -*pensé yo*- su derrota. Entonces, tuve la certeza, que debía terminar el trabajo. Me acerqué dispuesto a pegarle ¡no un golpe, sino diez, o veinte! para terminar con esta pesadilla. Estaba levantando el palo para el golpe de gracia, cuando la mano se desplazó ágilmente hacia un lado y luego con el puño cerrado, me golpeó el mentón. Un solo lanzamiento. Un nocaut, absolutamente profesional. Caí con palo y todo, totalmente inconciente, y sé que así fue, porque al despertar dolorido y mareado, tenía enlazado los brazos en la espalda. *La Mano* se mantenía frente a mí. Yo en el suelo, y la mano tamborillando sobre el piso, frente mío a la espera de mi conciencia. La miré fijamente, pero no dije nada. *La mano* voló hacia la cocina y regresó con un vaso de agua. Lo puso frente a mí y con el dedo índice, me señaló la boca. Supe que quería darme agua, abrí la boca, tomó el vaso y me dió agua. No le agradecí. Me levanté como podía; estaba mareado, en un momento sentí más vértigo. No desplomé, porque la mano, me sostuvo de un brazo escoltándome al sillón. La maldita se burla y nuevamente al sillón.... tampoco le agradecí.



V

La mano regresó a la cocina; supuse que ahora tocaba el turno a platos y vasos. Efectivamente, porque estallaron contra el piso y la pared uno tras otro. Me pregunté que diablos quería esta mano, ¿de quién era y por qué yo?. Fue cuando recordé al asesino manco de la historia policial que yo había cubierto. ¿Será él...? Mientras meditaba, vi al lado de sillón, un pedazo de vidrio de un cuadro roto, lo levanté con mucho esfuerzo, sabía que la mano, estaba festiva, demoliendo la cocina. Con cuidado comencé a pasar el vidrio en mis ligaduras, mientras pensaba en un plan B. *La mano*, estaba dispuesta a destruir mi casa, no cabe duda, y yo, tenía que escapar afuera de la casa. La idea apareció súbitamente: La cochera. El auto. Era una alternativa única, y veloz. Tenía que generar este plan B, con sumo cuidado. -¿Dónde están las llaves del auto?...siempre las dejo en la mesita de entrada-. Mire hacia el pasillo de entrada; las dos llaves estaban sobre el vidrio del mesa, con su aro de platino y su medallón de plata. Están a mi vista y alcance, si logro cruzar al pasillo. Pero no me moví. Tenía que estar seguro que *la Mano*, estaba entretenida en otra cosa, ya que la cocina quedó prácticamente destruida, y también, me faltaba cortar los cordeles que atan mis manos. *La Mano*, regresó al living, pasó delante de mí y me marcó una señal de alerta con sus dedos, como diciendo, “ojo... estoy vigilando” y me aplicó dos cachetadas en las mejillas. Por la baranda de las escaleras, comenzó a caminar con su dedo índice y medio, jugueteando consigo mismo, con un movimiento alternando, caminando sobre la baranda. Me recordó cuando era niño y jugaba con dos dedos, que alguien transitaba sobre el tablón del patio. Fue subiendo la mano, hasta llegar al área de dormitorios, allí termina la baranda. Yo perseguía su recorrido no con la vista, sino por el ruido de sus dos dedos. Calculé que ya estaba revisando mis cajones del placard. ¿Qué diablos busca esta mano? Me levanté sigilosamente. Los cordeles, ya están cortados, me desplazé en punta de pié, hacia la mesita donde están las llaves. Las recogí con cuidado, tratando que no hicieran ruido; una vez logrado, abrí la puerta interna del garaje y me dirigí a mi vehículo.

VI



Todo se cumplió en el más riguroso orden. Me di vuelta cuando ya estaba abierta la puerta del coche, entonces, advertí *la Mano*, avanzando hacia mí, a velocidad increíble, flotando en el espacio. Subí apresuradamente al coche, cerré con trabas las cuatro puertas. *La mano* llegó casi en el mismo momento que bloqueaba el ingreso al baúl. Se nota muy encolerizada, comenzó a golpear la chapa con mucha violencia, también el vidrio, y mostraba su puño, como una acción de venganza. Puse el contacto y arranqué. *La mano* voló al portón, e inmediatamente trabó el automático, a mitad de camino. No me dejaría salir, no tenía la menor duda de manera que puse primera, -no sé que podría pasar-, pero estaba decidido a salir con o sin el coche, de manera que encaré el medio protón acelerando y lo atravesé. Por el espejo retrovisor; vi la mano pegada al vidrio de atrás. Hice dos o tres maniobras bruscas para desprenderme de ella. ¡Lo logré! *La mano* cayó y haciéndome señas a varios metros, con su puño amenazante y con su canto, azotaba con los dedos abiertos y pegados unos a otros, como un hacha. Pero yo estaba a salvo. En un recodo, a unos mil metros, estacioné; bajé del coche y regresé apresuradamente entre los árboles cercanos a mi casa para ver, que hacía *la Mano*.

¡¡¡Nooooo!!! ¡La veo encendiendo antorchas! y colocándolas una a una, en distintos lugares de la casa. Mi casa se desmembró envuelta en llamaradas. Nada podía hacer. La venganza se cumplió. No obstante, *la Mano* insólitamente, me había descubierto. Advertida de mi presencia se dirigió con velocidad increíble hacia mí, que me eternizaba pasmado y detenido. ¿Como diablos supo que la estaba espiando? La maldita, venía para vengar su descuido. Fue cuando decidí correr y nada menos que cruzar la autovía de la circunvalación. Una decisión absolutamente suicida

¿Escape o suicidio?



VI

Sé que *me atropellaron*, porque mi cuerpo saltaba de un lugar a otro, como una pelota por aire y tierra. De vehículo a vehículo. De paragolpe a paragolpe. Pero recuerdo sí, mi última imagen, y esta es la que vale y justifica todo. Fue de estar definitivamente seguro, que un gran camión de combustible, pisó con sus enormes ruedas, una y otra vez la *Mano*, luego que un primer vehículo, colisionara con ella, derribándola a las ruedas del camión que venía casi pegado atrás. Sonreí en medio de mi estado de inconciencia. Estaba seguro. Sí, estoy, que no me hará más daño.

Desperté en terapia intensiva, la enfermera entró con una pequeña bandeja con un vaso de agua y cinco clases de comprimidos. Seguramente para mi dolorido cuerpo. Ingerí las pastillas con riguroso orden y ella tomó presión arterial, temperatura, ¿Mejor?...preguntó y dando media vuelta se retiró con la bandeja. Tuvo algunas palabras de reproche, hablaba sobre el alcohol o la droga que lleva a las personas hacer locuras en las calles y autovías. ¡Eso pensaba ella! ¡Eso me atribuía!. Pero callé. No me interesaba discutir mi situación con nadie. Tampoco, me dió tiempo a responder. De cualquier manera, los yesos por todo el cuerpo, explican la cantidad de veces que fui atropellado en la autopista. ¡Si estaba vivo, era de milagro!. Pero todo, por culpa “*de esa Mano*”.

Ahora bien; como no puedo contarle a nadie, esta historia, he preferido grabarla, y después, veré que hago con ella, de manera que si alguien escucha esta cinta, significa dos cosas: Que yo he fallecido, por complicaciones que puedo tener a raíz de las múltiples fracturas y heridas, o..... Que alguien: me robó la grabación y la transcribió al papel, con algún destino incierto.

VII



Pero unos metros más allá, tras el vidrio que aísla pacientes internados de familiares y amigos, contemplo asombrado, y advierto claramente, que surgió inesperadamente, una ***mano enguantada*** blanca, ensangrentada y sucia, sin cuerpo alguno, golpeando mansamente el vidrio, llamando mi atención, saludándome efusivamente, agitando lateralmente sus dedos abiertos. Apareció así; súbitamente. Solo visible para mí. Y pensar, que esa mano blanca, permanece como cierta y real en este confuso estado de conciencia, como si fuese parte de un naufragio en mi sueño. Minutos después, *la Mano*, se fue alejando del vidrio sin reproche. Sin un golpe o quejido audible. Sin un solo gesto de angustia que permitiera dejarme un mensaje; el mensaje final. El mensaje de una despedida, que no tendría por lo visto fin, y tampoco, una explicación certera del por qué. Fue cuando nuevamente recordé el artículo sobre *el manco*, que surgió de mi memoria deteriorada pero con indudables lagunas de lucidez

¡Cuidado con aquel audaz y procaz personaje que obcecado intuye el camino de su víctima, y teje sin premura una cuidadosa corteza artesanal, capturando una autonomía grácil, enfocada por sombras. Ese hábito enfermizo de posesión, asfixia y apaga la vitalidad y razón de su víctima, acompañando el avance fatídico, del siniestro pérfido, deslizado en una calle de cortesía hipócrita, para dejar la inseguridad, como el más terrible flagelo visible.....” Regresé esa parte del artículo, antes de entrar en ese espacio blanco y brillante del infinito del inconsciente

La mano enguantada y sucia, se fue, advertida de mi asombro e impotencia, en lánguido sigilo, desahuciándose. Burlándose de mí. Ridiculizándose con indudable sorna y revelando con señas burdas: “*Un regreso*” expresándose claramente, que dependía exclusivamente de su voluntad, y no la mía, decidir su retorno. Sin embargo; *-estoy casi seguro-* no ingresó a terapia, al menos, no lo recuerdo, porque creo que no voy a despertar. El sueño es muy profundo ahora. Los comprimidos están haciendo efecto, por eso, en este momento, termino de grabar agotado y entro en el silencio inconciente como una misteriosa daga que inquieta mi alma.

Ojala alguien lo escuche.....menos.... **“El Manco”**



G V N

Conos y Bastones

Sentencia

Rudecinda Belamate Castaño murió por accidente. No cabe dudas. A esa edad una joven mujer tiene pocas enfermedades acumulas en su haber, y son más los secretos postergados los que dañan, que una patología imprevista. Sana era Rudecinda. Fuerte. Linda mujer. Deseada; envidiada. Ese día contemplaba la naturaleza desde una gigantesca colina que custodia Piedra Linda: su pueblo natal.

Custodio y Bendita

Un pueblo, cuyo fundador: *Custodio Castaño*, bautizó así porque en el centro de ese valle imponente, permanece impávida, una piedra gigante, brillante, solitaria, rodeada por un intenso verde. Su primera exclamación fue: ¡Ah...*Linda Piedra*! Sus acompañantes –que saben las contradicciones de su jefe- decidieron invertir las palabras para conformar un definitivo nombre fundacional: *Piedra Linda*. < ¡*Sí!...me gusta ese nombre* > dijo Custodio eufórico aprobando la propuesta. *Custodio* es un hombre que va a contramano de la realidad. Si el día se presenta frío él usa ropa de verano, si hace calor, aún en exceso, los abrigos no alcanzan para cubrir su humanidad. Si tiene hambre, no come, si tiene sed, evita líquidos. Se podría decir que es un hombre absolutamente previsible; goza con destacarse así. Contradecirlo, significa la pérdida del trabajo temporal y condena a quedar desocupado. Debe considerarse entonces a *Custodio* como el fundador de *Piedra Linda*, simplemente por esa interjección espontánea. Custodio en su larga trayectoria de invasor, usurpador de tierras ajenas, no tiene rivales. A pesar de su edad y su deterioro físico, mantiene una férrea política de apropiación por la fuerza de bienes ajenos. Independientemente de su fortuna mal habida, *Custodio* es un déspota, autoritario y a veces, un hombre caracterizado por actos de crueldad inimaginable.

El descubrimiento de *Piedra Linda* encendió su ambición y calculó desde el inicio, el tiempo que tendría para adueñarse rápidamente de esas tierras fértiles. Su banda, insaciable de violencia, arrasó con todos los pequeños propietarios y con suma crueldad sometió a los campesinos. En pocos meses, extendió sus alambres que delimitaron el ochenta por ciento de la tierra fértil, desarmó la guardia civil local de veinte hombres armados, arrasó con las viviendas precarias de campesinos y confiscó por propia ley, viviendas de terratenientes que no aceptaron su protección: por disentir su metodología. Dio rienda suelta a la apropiación de mujeres solteras y casadas a su irregular tropa civil, e implantó su propia bandera: su rostro incrustado en el centro del paño amarillo. Los pocos habitantes que huyeron del lugar, no alcanzaron a salir de la frontera de alambrado, porque fueron ultimados sin más trámites por el equipo de caza veloz, que tenía preparado para estos avatares. Los pobladores, tributan de ahora en más, a su propia organización que se posesionó del lugar y de su riqueza.

Hombre temido; no cabe duda y también, de frondosos antecedentes. Determinó que el agua de regadío y agua potable pasa a su administración y solo puede ser utilizada o bebida con su anuencia, de acuerdo a una previa certificación de comportamiento del solicitante. Estableció así un sistema de contralor cívico absolutamente arbitrario, y mandó a colocar carteles donde confirma que el único derecho de los habitantes de *Piedra Linda*, será: el que él determine. Sin embargo, este hombre tiene también debilidades. Nunca permitió que sus más cercanos ayudantes lograran liderar su tropa de forajidos. Cuando esto ocurría o él presumía que esto se daba en otros niveles, enviaba a su tercero a matar al segundo. Durante años, esto había sido no solo efectivo, sino también provechoso. Lo mantuvo vigente, porque estableció definitivamente la pena, a un juego de traiciones para escalar posiciones entre sus dirigidos. El dinero lo obnubila. Satisfecho de conseguirlo cuando es resultado de acciones violentas. Ama la violencia, de otra manera, no disfruta. Lleva en sí mismo el estigma de la violencia y perversidad, incrementada por años.

Piedra Linda, se transformó en leyenda temida y despreciada. Pero nunca nadie osó enfrentarlo. *Custodio* se jacta de no tener sentimientos; pero en *Piedra Linda*, encontró su primera derrota. Avanzado en edad y soltero por motivos que nadie se atreve a investigar, desposó una lugareña solitaria y prudente nacida y criada en *Piedra Linda*, llamada *Bendita Celeste Belamate*, una joven mujer que nunca perdió la esperanza de ser pedida en matrimonio. Los treinta y cinco años menores que *Custodio*, no fue impedimento para que este histórico hecho se concrete. *Bendita* dio rápidamente el < ¡*Sí!*> entusiasmada a la propuesta de matrimonio, encandilada por la audacia del forastero y fundamentalmente: por su dinero. El matrimonio se celebró con todas las pompas y festejos populares. La ceremonia en el atrio de la Iglesia rodeada de hermosas y exuberantes flores da un marco imponente, con invitados que no respiraron cuando el cura preguntó a *Custodio* en voz alta: si tomaba por esposa a *Bendita*. El anciano; logró extraer una emotiva voz de trueno desde su interior, con un sí categórico y orgulloso; mientras que el sí de *Bendita*: fue tibio, temeroso y débil. Pero aunadas sus almas

y bendecido el amor por sentencia bíblica "*Amarás a tu esposa hasta que la muerte los separe*", la iglesia, cumplió el objetivo de acortar la temporalidad del matrimonio desmintiendo que el amor es eterno. También, cubrió con un manto de sospecha esa sobrevida, porque nada dijo el cura si esa muerte tenía que ser espontánea, provocada o natural. Por primera vez, Custodio sintió miedo a la vida, y también, de quienes envidian su matrimonio.

La senilidad de Custodio quedó encandilada por la juventud y belleza de esa joven mujer. Custodio calificó esa etapa de vida en una carta a su madre inválida y lejana -anexada al testamento como mensaje a sus descendientes- <¡Madre: vivo el éxtasis de una primavera!>; ella contestó-coherente a su depresión crónica- <Hijo: cuidate del otoño>. Paralelamente Bendita escribió a su padre que vivía a algunos kilómetros del pueblo <¡Papi...estoy en un infierno!> Su padre, no muy afecto a retrocesos contestó <El infierno no existe... y si existe; tu me sacaste de él con ese casamiento>. Sin embargo; ese matrimonio que se muestra feliz en fiestas y homenajes patrios, llegó a su término por obra del Señor, que no necesitó mensajes escritos. Bendita no imaginó que ese hombre, casi anciano, podía cambiar toda su vida. Es comprensible, que ella al conocerlo se dio cuenta que era buen partido, como se dice en esos lugares, pero los celos enfermizos y la manía de perseguirla día y noche para saciar sus instintos animales en su cuerpo, logró transformarla en poco tiempo, en una mujer cansada, ojerosa e insomne. Su deber marital la consume y la bestialidad de su marido parece nutrirse de su vitalidad cada vez más extinguida. Pero los primeros síntomas que devolvieron la vida a Bendita fue cuando en una madrugada de feroz relación sexual, el hombre bestia, perdió por primera vez su conocimiento por breves minutos y ella, asustada apantalló su esposo con un cartón que echó mano y refrescó su rostro con agua fría. Custodio regresó a su conciencia, pero notó que su mano derecha y la pierna del mismo lado obedecían con poca fuerza a su mecánica orden de moverse. Nada dijo ella de esa observación, así como tampoco Custodio comentó su disminución física. Se levantó tratando de disimular tomándose de los bordes de muebles cercanos. Esa noche Bendita durmió profundamente porque el anciano luego de caminar unos pasos para demostrar que estaba aún vital, se desmoronó diciendo que estaba cansado y que tenía que dormir. Ella se acurrucó en su lado, mientras el anciano ronca profusamente con la boca abierta, dejando caer por las comisuras una saliva teñida de rojo. En la mañana, ambos despertaron sometidos a un movimiento en sus brazos realizados por terceros, que entraron en la habitación presumiendo lo peor: la muerte de los esposos, por no tener respuesta a los pedidos verbales de < ¿Sr. Custodio se puede?>; tampoco respondieron a los golpes en la puerta. Custodio cambió a partir de ese episodio. Se volvió huraño, dejó de perseguir a Bendita por unas semanas. En las siestas, se dedicó a rehabilitar su brazo y su pierna con ejercicios y ayuda de una quinesióloga cargada en años y experiencia. Ese procedimiento, realizado en la penumbra de su habitación por espacio de dos horas, se prolongó. Nadie puede molestarlo, Bendita tampoco puede entrar y menos aún, preguntar. Ella observó que su esposo durante el día queda ausente por escasos segundos, con la mirada quieta, alejada del lugar, para recobrar su actitud hostil en pocos segundos. Bendita, acudió por segunda vez a su padre, a quien envió una carta explicando el hecho y solicitando absoluta confidencialidad. Su padre contestó a las dos semanas recomendando a Bendita, más interés en su señor, más atención y que decida darle hijos: muchos y sanos. Culpó a Bendita del estado de Custodio, diciendo que un hombre se aburre en el matrimonio cuando la mujer mata sus fantasías. <Si notas que él se queda ausente por segundos, es porque lo aburres> y recomendando esmerarse en nuevos entretenimientos para que el esposo recobre la confianza en ella. Bendita lloró durante horas, a escondidas, con sus pañuelos mojados de lágrimas saladas. Su padre tenía razón: ella era culpable. Trató de enmendarlo. En el final de la carta -en la posdata- advertía: <Bendita; si eres una buena hija, debes serlo ahora más que nunca. Ni que se te pase por tu mente separarte de ese hombre que nos ha brindado el dinero y tranquilidad suficiente....Si tienes que sufrir...¡Sufre!, porque tu padre está sumamente contento> Bendita le dio la razón, modificó su vida. Trató de seguir los consejos de su padre, pero algo no estaba bien. Ella era una mujer joven, llena de impulsos y deseos. Su esposo esta transformado en un ser casi indiferente. Bendita llegó a extrañar la bestia; y él la juventud de su esposa. Bendita duró solo dos años en ese tormento, aunque no la pasó mal en los últimos doce meses porque Custodio adquirió una enfermedad diagnosticada como narcolepsia. Las veces que se quedaba dormido en distintas posiciones, ella aprovechaba para desahogar sus instintos exacerbados, con jóvenes amantes, siempre cercanos al sueño del patrón. Ella se ocupaba de mantenerlos muy cerca con alguna tarea rural como excusa. El pueblo sabía de esta pícaro como digna situación y contribuía a la felicidad de Bendita acercándole sus hijos más dotados. Se puede afirmar entonces, que ese matrimonio estuvo definitivamente arraigado en ese terruño y contó además, con la absoluta solidaridad de sus habitantes. Bendita heredó una fortuna después que el médico de cabecera- traicionando ese título-, tironeó los pies de Custodio, para lograr desmontarlo de esa habitual posición encima de su esposa-se puede decir que era su vicio- pero esta vez: muerto por *infarto orgásmico*, en su

última noche de amor. Lo encontraron rígido. Aferrado vergonzosamente a las caderas de su esposa, con dos manos incrustadas en los generosos glúteos de *Bendita*, simulando dos tenazas ante la desesperada paciencia de su esposa que lleva algunas horas soportando, el peso de la historia. Pero lo más curioso para la policía y el médico, fue la posición de cabeza de *Custodio*. Levantada; mirando asombrado, fijamente la pared. El pelo desordenado, mejillas rubicundas, orejas ardidadas y ojos abiertos con exageración, mientras su rostro denotaba un gesto de inocente sorpresa, como tienen los héroes cuando mueren después de grandes batallas, preguntándose antes de sucumbir : <¿Y esto?> Nadie pudo responderle porque ese cuerpo, está vacío. El exceso de placer lo mató. El vicio cobró otra vida y *Custodio*, sucumbió como una víctima más del desenfreno. Un héroe -silencioso ahora- del fogoso juego amoroso. Ese gesto ausente y de gran interrogación de su rostro, habita como una constante en los grandes hombres públicos, y también, en las historias de grandes batallas: porque esos señores, han sido siempre sorprendidos por la muerte, en forma absurda y temprana, como si se les quisiera quitar en forma definitiva, el éxito de sus misiones temporales. *Bendita*, quedó marcada en ese pueblo como la *mujer araña*, por remedar la historia amorosa de ese insecto, que mata al macho después de la mecánica cópula. Y por cierto -debe agregarse- también temida por un sin número de potenciales candidatos a su amor. *Custodio* fue velado como corresponde cumpliendo una previa voluntad escrita, resguardada celosamente en la sacristía de la iglesia, el mismo día del casamiento. El velorio, se realizó en el dormitorio. Él, permaneció inmóvil -como corresponde a un finado- con su pijama de invierno a rayas que alguna vez perteneció a su abuelo y unas medias de invierno rojas-para la envidia-. En la pared de la cabecera, colocaron tres cuadros con su figura más grande, pintada al óleo. Desde ese privilegiado lugar, mira fijamente los visitantes, ofreciéndoles una sonrisa irónica y triunfal. Abajo de su almohada floreada, -siempre por indicación previa y escrita-la ropa interior última sin lavar, las fotos de sus parientes más queridos, y de él mismo, cuando gozaba de radiante salud. Debemos sumarle un trozo de cola de perro, que guardó celosamente desde su infancia, cuando el maldito-para él- rayo, mató su caniche al orinar debajo de un árbol. El rayo, subió o bajó-nadie puede afirmarlo-aprovechando esa columna líquida de la orina, lo cierto es que el caniche explotó en luces fosforescentes. *Custodio*, está naturalmente extendido en su propia cama, ubicado al centro de la misma, como para que los concurrentes a su despedida, supiesen que aún muerto: ese lugar, y esa cama, no cambia dueño y menos aún, se apropiarán de su esposa. Desfilan amigos y enemigos para dar un último adiós, o el último insulto. Acudirán traidores, simulando llantos de dolor, al velorio de quién traicionaron, bajando su cabeza, llevando entre sus manos el recuerdo de quién admiraron en vida. Vendrán seguramente acompañados de más aduladores que ya no tienen más enemigo que su propia historia y harán que surjan de sus ojos enrojecidos lágrimas que no serán cristalinas ni puras; solo lágrimas, que son el esfuerzo de mostrarse al resto, como dolientes arrepentidos del abandono; de olvido. Buscarán palabras para justificar cada acto, cada traición, que envolvió una permanente conspiración subterránea en sus comienzos, y evidente en su final. Serán también capaces de llevar a sus familiares de la mano al entierro y sin que lo vean muchos de los presentes, dejarán escapar alguna palabra piadosa del que fue en su momento su ejemplo. Todo esto, mientras en sus ámbitos y penumbras festejan con bailes de movimientos, el final de su enemigo. El final de una lucha para ellos. El objetivo deseado. Sentado seguramente está el sucesor, aunque no lo sabe, pero asustado, porque las conspiraciones que supieron gestar, ahora parecen revivir entre medio de sombras contra ellos. *Custodio* era un lector nocturno de *Nietzsche*, quién habla por Zaratustra. Lleva en su bolsillo definiciones escritas como si fuese una oración para la memoria donde el escritor hunde el puñal en el corazón cristiano y desafía tormentas de venganza divina, porque su coraza, ante los problemas graves, los sintetiza en un ejemplo simple <Yo hago de los problemas profundos lo que con baño frío: entrar y salir en seguida> Y lo que más divertía a *Custodio* es la curiosa postura ante la mujer y las comparaciones en el zoológico animal cuando sostiene que: "La mujer, aún no es capaz de amistad; Gatas, he ahí lo que son las mujeres. Gatas y Pájaros.... y cuando las cosas no marchan bien: Vacas.. "El hombre tema a la mujer, cuando esta odia, porque en el fondo, el hombre no es más que perverso; pero la mujer: Mala", "La felicidad del hombre es....<Yo quiero>; la felicidad de la mujer...<Él quiere>"*Custodio* goza con la lectura lenta del Zaratustra y registra en su papel estas máximas que él considera conveniente llevar consigo. Y así, en tantas frases irónicas, a veces agresivas, desempolva una frustración, que no acompaña el brillo de su inteligencia pero en ese lugar todo es válido. En el cementerio, fue recordado con las últimas oraciones del cura, que lo despidió con emotivas y falsas palabras, antes que la pala de tierra cubriera el foso. *Custodio* debería sentirse orgulloso de ese final cuando el cura afirmó: "Era un hombre de vitalidad increíble, pero fue abandonado por su ángel -no sabemos por qué- en momentos del deber marital consumado con hidalguía" sentenció el representante de la iglesia. El cura, acostumbrado a despedir, recitó esas palabras compungido y hasta se puede decir: envidioso. Lo enterraron en una ceremonia donde quedó asentado que aún en esa notable y honrosa

posición: *Su honor* quedó intacto. Mientras la viuda Bendita, llora su desconsuelo; él, -como no puede ser de otra manera por su muerte- la ignora. El desconsuelo se mantiene fugazmente, hasta primaveras de solitarias tardes. Pocos meses después -como es natural por su belleza y edad- se cruzó en su vida lánguida, un joven recién llegado al pueblo de quién se enamoró perdidamente. El Joven artesano, alto, delgado, robusto, absolutamente bruto e inútil, especializado en copias de joyas naturales, deslumbró la viuda cuando le obsequió una pequeña imagen hecha de plata de una pareja fornicando-su última imagen conciente- El luto duró lo que una tormenta en el caribe y la joven mujer, vestida de negro ceniza, no tardó en quitarse ese legado sombrío con agilidad desmesurada y floreció como una primavera anticipada, a pesar de no encontrar en él un solo destello de inteligencia. Amó a ese joven vacío de mente y se casó con él como una forma de retenerlo a su lado, porque en ella quedó grabada en su mente la sentencia de la iglesia *Hasta que la muerte los separe* que reiteró el cura cuando legalizó: su segundo matrimonio. Pero tuvo mala suerte *Bendita*. Poco tiempo más tarde, no fue la muerte quién los separó, sino la huida del joven con su fortuna. Demostró el mozalbate que era un bruto especialista caza fortunas. La dejó en la miseria y le obsequió una hija a quién exigió le impusiera el nombre de *Rudecinda* en honor a su abuela fallecida en época de la peste. Su abuela había sido muy bella, hasta que decenas de bubones florecieron en su cara y su cuerpo, transformándola en una masa de pus. Su pestilencia, la marginó de la sociedad, que a su vez se encargó de declararla: *Ausente y olvidada*. Ese joven, había jurado reparar ese castigo injusto. Una sed de venganza se incorporó a su vida, y en sus años de conquistas y vagancia, fue dejando víctimas en distintos lugares de esas lejanas tierras. Fue entonces que la sombra de *Custodio* la rodeó para siempre, como castigo al rápido olvido y *Bendita*, no tuvo más alegrías que criar a su hija nacida en decadencia. Sin embargo, *Bendita* no protestó nunca, porque se sabía nuevamente culpable e hizo de *Custodio*, el escudo perfecto a su tierno corazón herido y anulado para siempre. *Bendita* trabajó en los lugares más inverosímiles para sostenerse y comprar indulgencias -hectáreas- ofertadas en el cielo intermediada por la Iglesia, hasta llenar sus arcones de madera con títulos celestiales a modo de reparar su pecado. El pueblo asistió a esa transformación que las mujeres pueden hacer de su dolor, una ceguera, y dedicó sus energías, a la asistencia perfecta de misas santas regresando al negro luto que la transformó en una mujer oscura. El finado, y la imagen forense de *Custodio* fornicando, fue tomado de ejemplo en el pueblo; ese rostro absorto por su final violento con un interrogante sin repuesta, se reprodujo fielmente en estampitas y cuadros, bendecidos por el cura del responso que logró sumar ingresos extras a su pequeña iglesia empobrecida y algún dinerillo en sus bolsillos. *Custodio*, pasó a ser venerado como el "*Santo del amor*" y también: ejemplo de orgullo varonil, que siempre corona la muerte en el campo de batalla. Nadie se acordó de sus crueles actos y tampoco, de los robos de bienes y tierra. Pudo más la imagen de víctima sexual, que de ladrón serial. El mozalbate desapareció de su vida, pero no de la vida ajena en otros lugares. Dedicado al ocio y la vagancia, vivió engatusando cuanta mujer ingenua encontraba y luego de vivirla la destrozaba con una nueva huida. Caído en desgracia y sin nadie que pudiera sostenerlo y alimentarlo, fue internándose en un desierto de arena, caminando sin rumbo y sin agua, hasta que su imagen desapareció de la vista del último poblador que dio ese testimonio. Caminando, con una sentencia "En cuanto el hombre se aleja del hombre/ viene el viento/ que ya le dice otras cosas/ abriéndole los oídos y los ojos/ a otras cosas -afirma *Alberti*- Dicen; que se desintegró en arenas del desierto.

Dagoberto y Rudecinda. Un Amor de retina

La niña Rudecinda como es natural cruzó los años con rapidez asombrosa y siempre fue señalada como niña del desamor. Muchos hombres se persignaban al verla y muchas mujeres suspiraban por ver esa niña como el triunfo del pecado. Heredó de su fugado padre la seducción y el alboroto del sentimiento y no le costó matrimoniarse en dos oportunidades con grandes beneficios económicos que llevaron a su madre y a ella misma nuevamente al sitial de *Respetable*. *Bendita*, nuevamente, recuperó su honor y posición y entre las dos, forjaron una envidiable repuesta a la agresión sufrida por años, hasta que Rudecinda conoció a *Dagoberto*, de quién se enamoró esta vez, sin pensar en su riqueza. *Rudecinda* renuncia nuevamente a la lógica y por ese amor nacido de las profundidades de su hermoso cuerpo, se entregó a la incertidumbre del futuro, a pesar de los ruegos de *Bendita* que recordaba su vida sufrida. La pequeña historia de este hombre tendrá su influencia en sus actos futuros. *Dagoberto*; un joven longilíneo, delgado, arqueado en su espalda y barbudo. Trabaja desde los catorce años en distintos y variados oficios. Sabe lo que es estar desocupado y también sufre cuando no hay pan en su familia. Su ímpetu y deseos de progresar lo caracterizaron siempre y tuvo la suerte de aprender oficios gracias a su rápida adaptación. Pero también hay una veta artística en este muchacho, nacida de su trabajo en talleres de escultores famosos. Mientras limpia, observa detalladamente como trabajan la madera, el mármol y la piedra, recuerda perfectamente los procedimientos para soldar hierros viejos que lentamente se transforman en figuras mágicas y un día, aprovechando la ausencia de los artistas tomó

una piedra de un metro y comenzó a esculpir sin tener noción del tiempo. Horas enteras pasó en esa tarea hasta que se dio cuenta que la madrugada estaba a su lado. *Dagoberto* sintió el cansancio y se retiró olvidando guardar la escultura en el rincón. Al otro día, el maestro, lo recibió con curiosidad y preguntó quién había realizado esa obra. *Dagoberto* compungido se hizo cargo. Nunca esperó felicitaciones del maestro. < ¡Sabes *Dagoberto!*>< *Tienes arte en tus venas*> Esas fueron la palabras acompañadas de un palmada en su espalda. < *Sigue así muchacho*> y se retiró a su obra en el centro del galpón. *Dagoberto* estuvo casi tres años en ese taller. En sus momentos de ocio, aprovecha para tallar, reproducir y crear nuevas esculturas, pero por razones económicas tuvo que conseguir otro trabajo. Nunca abandonó el arte. Aún en otros trabajos, siempre tuvo tiempo para tallar madera o pulir una piedra. Cuando entró en una farmacia, al poco tiempo se dio cuenta como era el negocio. Estudió farmacología, aprendió lo básico y luego de cuatro años decidió buscar nuevos rumbos, pero esta vez, como propietario de una farmacia. *Dagoberto* apareció súbitamente en el pueblo *Piedra Linda* como referente de farmacia y colocó su primer botiquín frente a la plaza del pueblo. Con sus propias manos -porque no tenía como pagar ajenas-, acondicionó un viejo local en una carrera frenética contra el tiempo. Necesitaba ingresos. Adecuó las viejas maderas abandonadas lustrándolas con dedicación y luego, les pasó aceite de deshecho; las lustró, pintó de amarillo las paredes y confeccionó una mesa que servía de escritorio. Inventó un pequeño cuarto al fondo del local para instalarse y dormir sin tener que pagar alquiler. En pocos días, estuvo listo para abrir e inaugurar su fuente de trabajo. Confeccionó unos pequeños papeles en la imprenta local anunciando la "Farmacia de *Dagoberto* para una salud genial" asegurando con esto, que velaría por la salud de ese pueblo de ahora en más. En esa distribución, se proclamó único capaz de entregar invitaciones. Luego de lavarse con cuidado y esmero, se colocó el traje gris, una lánguida y vieja corbata, lustró sus zapatos gastados y con unos cientos de panfletos caminó por el pueblo derrochando simpatía y panfletos, hasta que por acción del destino, tropezó con un tablón, y en esa caída brusca y desordenada, llevó consigo abruptamente una señorita, que justamente, caminaba en sentido contrario, -*Rudecinda*- cayendo ambos en la vereda, tan cerca uno de otro, que sus corazones, no supieron a quién pertenecía, tampoco podían determinar en donde estaban las piernas de uno y otro, ya que estaban entrelazadas posiblemente por el temor al golpe. Ellos se entregaron sin saberlo en una *mirada prolongada*, como las películas de románticos finales. Capturados por retinas límpidas por edad y fundieron espontáneamente *conos y bastones* inconscientemente, dejando marcas definitivas. Los *Conos y Bastones*, son habitantes naturales de la retina. Son en definitiva quienes permiten visualizar imágenes por luces. Meses más tarde, esta fusión, sería la señal o la prueba de un amor inesperado. *Rudecinda y Dagoberto*, en un emblemático accidente -presenciado por vecinos- admirados por el silencio y la quietud de esos dos jóvenes que no se quitan la vista y curiosamente, tampoco sus cuerpos, permanecieron unidos sin protesta y con placer. *Dagoberto*, espaldas al suelo, sostiene encima de él esa joven. Las miradas confusas de transeúntes masculinos y réprobas de mujeres mayores, coincidieron en comentarios < ¡Esta juventud...ya no respeta los accidentes!> *Rudecinda y Dagoberto* en la calle; en el suelo; uno encima del otro; quietos, paralizados por el contacto físico y en permanente imanada mirada dejando interrogantes. ¿Es una señal?; ¿El destino? o el diagnóstico tardío del oculista viajero, cuando realizó el fondo de ojo a los dos enamorados y sentenció: El amor no es más casualidad; se manifiesta para la ciencia: con la fusión de conos y bastones de dos retinas encontradas Este diagnóstico desató una tormenta. Jóvenes núbiles del pueblo hicieron colas para ser diagnosticadas precozmente en este tema del amor, que ahora -por fin-, encontró la científica y certera manera de descifrar el misterio. Todos, y fundamentalmente las jóvenes mujeres, acudieron inquietas, para que se estudiara su retina y conocer por la ciencia, si alguna vez, el amor, fundió sus conos y bastones, sin darse cuenta. Temen haber perdido un amor; esa zona enigmática en los seres humanos que escapa a la conciencia, la sensación casi visceral, incontrolada, espontánea, escapando del lecho colectivo y promiscuidad, para encontrar en la intimidad el templo deseado. El amor secreto, el saber oculto del otro incrustado en la conciencia. El recuerdo de una bata transparente cubriendo el cuerpo desnudo. El deseo creciente que se apodera de la voluntad; el valor erótico de la piel, la palabra, y ahora: la mirada. La virginidad en la mujer, el lirismo y castidad del hombre; toda una contradicción arrebatada al secreto. Un juego eterno del cual nadie puede escapar: el descubrimiento del amor ignorado. *Rudecinda*, sin proponérselo ha cambiado contundentemente la radicación de esa maravilla, que ya no pasa más por corazones simbolizados en paredes y papeles de enamorados, y menos aún, heridos por esa flecha burda, que los atraviesa, anunciando que también el *amor hiere* ese noble órgano. Los *conos y bastones*, pasaron a ser en ese pueblo los símbolos más respetados que la propia bandera El hallazgo científico trascendió la frontera pueblerina para transformarse en un acontecimiento nacional y luego: mundial. La iglesia, prontamente requirió de un concilio para tratar el tema, porque las imágenes del sagrado corazón corren peligro de ser eliminadas. Hubo una crisis en el Vaticano, el Papa reunió sus cardenales para estudiar el problema que los afectaba en forma directa. La industria de santos, estampas, imágenes que ostentan como símbolo de amor y misericordia el corazón entraron en crisis. Esta en peligro la economía del Vaticano; hubo cardenales que acusaron a *Dagoberto* de hereje y a los oculistas de cómplices, sin embargo, la realidad se impuso y en forma inmediata ordenaron la incorporación de nuevas imágenes: la retina en signos sagrados. Los partidos políticos se nuclearon para modificar lenguaje, porque ya no podrían enviar mensajes de amor al pueblo representando corazones con el nombre del candidato. Los creativos comenzaron una competencia vertiginosa a los fines de reemplazar al corazón en todos los documentos gráficos y discursos, incluso, al hablar del amor no podían señalar el corazón con sus manos sino: los ojos. Las organizaciones no gubernamentales de caridad, obligadas a desterrar figuras y dibujos de

corazones usados para solicitar aportes económicos: *por amor a niños y ancianos*, acudieron también a los publicistas. Todo se transformó. El mundo giró enloquecido en torno a esa imagen enviada por Internet y celulares de esos dos jóvenes aún encimados en la calle, con la mirada eterna del amor, y todo; debido a que el oculista local, diagnosticó con un fondo de ojos: *<la fusión de conos y bastones en las retinas de esos enamorados>*. El mundo ahora puede comprender que nada tiene que ver un corazón, y sí una humilde retina. Una oculta retina que dejó sellado como antecedente haber encontrado el amor de su vida en esa delgada membrana o peor aún, la ignorancia de muchos de haberlo encontrado y no darse cuenta. Los oculistas tuvieron que realizar fondo de ojos a millones de jóvenes. Los colgantes de plata u oro con corazones, fueron reemplazados por pequeños ojos enfrentados, cruzados por el título *<El amor se ve, no se siente>*. Las propagandas de todos los artículos para el día de padre, madre, abuelo, tía, amigo, novia, perro, abuela, cerdo, etc. tuvieron que quitar el corazón como emblema de ternura y reemplazarlo por ojos colgantes con párpados semicerrados. Las parejas de jóvenes imitaron a *Dagoberto y Rudecinda* en todo el mundo y en esas semanas de locura amorosa, todos están encimados, tratando de contagiarse de esa pareja accidentada en la calle. Ya no se visitan; no toman café; no salen a bailar; los muchachos directamente enciman la joven mujer que creen amar en las calles, en los cines, en los autos, en las plazas, en los bancos, en el zoológico, en las almacenes, en los súper. Las jóvenes mujeres, desesperadas por encontrar amor o destino, caminan las calles abriendo los ojos desmesuradamente, tratando de impactar retinas de jóvenes que deambulan encimando mujeres. No hay en el mundo, lugar donde esta representación, no se acompañe de conmoción, porque el tema tocado es clave. Siglos enteros, el mundo fue engañado. *<El amor no es corazón. Es retina>* tamaña definición generó un movimiento a nivel mundial de encuentros y desencuentros. Las parejas casadas concurren a sus oculistas para certificar que no se habían equivocado en la elección y la frustración apareció con signos de tragedia. Los poetas, los escritores, los músicos, rompieron furiosos sus poesías; despedazaron canciones; rescribieron novelas; porque todas hablan del corazón, ninguna de la retina. Los artistas del teatro tuvieron que aprender a obviar la palabra corazón y más grave aún ignorarlo en su vocabulario. Las editoriales decidieron reemplazar sus portadas por otras imágenes más cercanas a la retina. Por ejemplo: pestaña, párpado, saco lacrimal, córnea. Pero los que más sufrieron fueron los poetas porque para ellos: el corazón es fuente de toda inspiración. Hubo muchos suicidios por estar ausente el corazón de quienes habían confiado ciegamente en ese importante órgano. Caminan tristes, desorientados, su historia de canto amoroso por años sostenida a sangre y fuego se desmorona. Nadie se atreve a rimar en las retinas. Nadie en la poesía puede sostener su mirada sin hacer el reproche de haber perdido el tiempo y así, el mundo olvidó temporalmente las guerras, porque los gobiernos tuvieron que concentrarse en el fenómeno del amor que misteriosamente y por casualidad, había sido *finalmente* identificado. Las fronteras imaginarias de los países se abrieron a quienes buscan una repuesta y un cambio. Los mártires no pueden golpear más su pecho buscando el corazón para el castigo. Peregrinos, peregrinas, penitentes religiosos, políticos; dominados y dominantes, todos, unidos en búsqueda de certificar este categórico como imprudente descubrimiento. Los estadounidenses acudieron a los musulmanes para mirarse, para encontrarse, para ver si ellos eran o no la razón de su existencia. Los judíos acudieron presurosos a Palestina, buscaban retinas, buscaban amor, buscaban el encuentro negado por las guerras. El corazón entró en una seria y difícil descalificación mundial y los cardiólogos tuvieron que esconderse de sus pacientes que acudían a la consulta desorientada y confundida por el descubrimiento. Los infartados supieron que ese órgano estaba vacío. Hubo crisis en los gobiernos. Los ministros encimaron sus secretarías. Los presidentes sus ministras y los generales las sargentas. El mundo se representa: uno encima del otro, mirándose, dejando que los dedos reconozcan los cuerpos después de la mirada fija. Llovieron ofertas económicas para *Dagoberto y Rudecinda* que vendieron sus historias a las revistas más importantes del mundo; pero no están sus fotos en las tapas: solo sus retinas. Hasta que *Dagoberto*, inventó un calidoscopio: un tubo, de caña hueca, dos lentes opuestas, una lente interna biconcava y arenilla en la parte basal. Humo de cigarrillo en las áreas vacías y un pequeño espejo orientado al sol para dar luz al interior de la caña. Estos elementos permiten la visión directa de las retinas y por ende, el conocimiento de la fusión de conos y bastones y el posible encuentro, donde las parejas colocan sus ojos deseosos de certificar ese estado, para verse y admirarse durante horas. Su farmacia entró en la época más progresista; agregaron rápidamente infusiones y colirios de perpetuidad amorosa, preparadas junto a su nuevo amor, *Rudecinda*. Comenzaron a ser las más solicitadas y consumidas del pueblo y luego exportado a las regiones y países limítrofes. Entusiasmados por este salto económico y reubicación social, se concentraron en entregar recetas más extrañas, que por boca de sus ancestros, habían sido depositadas en sus memorias. Las infusiones fueron tan demandadas que en poco tiempo la farmacia se transformó en una importante fábrica: llamada *R y D Cía.* en honor a sus iniciales. Comenzaron también a generar Accesorios para el amor: Anteojos de retina fija; lágrimas de mujer enamorada; pañuelos usados de mujeres casadas exitosamente; lentes de contacto simulando retinas humanas; fotos de retinas familiares, colirios para fortalecer conos y bastones; vitaminas para retinas nostálgicas; pestañas de ojos enamorados; secreción de conjuntivitis de enamorados; sábanas y fundas usadas por enamorados confirmados; toallones y colonias hechas con el sudor de enamorados; hasta lagañas de hombres y mujeres enamorados y confirmados; hasta el pus de los orzuelos en enamorados se industrializó a un precio superior. La industria accesorio ganó impulso mientras que los dinerillos para las guerras caían sin remedio. Por primera vez después de largos siglos, el amor generó ganancia antes que gasto, el cura insistió, ahora cambiando el mensaje y sentencia del casamiento: no será *hasta que la muerte los separe*. Ahora: *<Hasta que la retina los separe>*. La vida sonríe a esta nueva pareja y a *Rudecinda* en especial,

que se anexó rápidamente al éxito. Para certificar su estado amoroso utilizó todos los accesorios posibles después que el oculista certificara que ella: *<Nunca fundió sus conos y bastones>*, convirtiéndose repentinamente, en una nueva virgen del amor, con el beneplácito de Dagoberto. Sin embargo, la codicia se apoderó de los empresarios –para variar- y de manera imprudente como traicionera, fueron desplazando a *Dagoberto* del negocio en crecimiento. La ignorancia; sumada a la ingenuidad, determinó la pérdida de la empresa. No se amilanó *Dagoberto*; es un hombre emprendedor y rápidamente se dedicó a otros menesteres. *Rudecinda* era su apoyo incondicional y ambos iniciaron el nuevo camino convencido que si la vida avanza, ellos también. Bendita se hizo cargo de la venta y promoción de los accesorios para el amor retiniano, le dio grandes frutos. Pero años más tarde, la ciencia nuevamente, pulverizó la teoría de la retina. Hubo dos congresos *mundiales de oculistas* para reconfirmar la teoría de conos y bastones; presentaron sus experiencias logradas en este asunto tan sentido: ellos pasaron a ser los árbitros de los conflictos matrimoniales y sentimentales, daban consejos, decretaban el fin o el comienzo de un amor, miles de jóvenes se inscribieron en la especialidad seguro de futuro. Paralelamente, otros dos congresos mundiales de cardiólogos frustrados y arrinconados en el desprestigio surgieron imprevistamente a los cinco años de este hecho. Si aparece una nueva teoría, también aparecen detractores, y lo primero que dijeron los cardiólogos –tardíamente- como síntesis de su estudio fue *<¿Cómo explican entonces el amor en ciegos; el amor de tuertos, el amor de quienes padecen cataratas o lagañas; el amor de aquellos que la vida les ha mezquinado cruelmente sus dos ojos?>* Y comenzó la guerra de la ciencia y de los intereses mientras el mundo sigue sorprendido con parejas encimadas; las carreteras bloqueadas, las cabinas de los camiones, ómnibus, aviones y todos los medios de transporte paralizadas, porque las parejas no dejan de apilarse como monedas mirándose fijamente al margen de hacer otras cosas necesarias dada la proximidad de cuerpos. Nadie cede a la orden del ¡Basta! Las Naciones Unidas intervino organizando y financiando el último congreso de Cardiólogos contra oculistas, por la necesidad de tener supremacía en la explicación de lo que realmente *es el amor*. Esa sesión en el ámbito del consejo de seguridad ampliada, quedó registrado para la historia, porque los embajadores, secretarios y representantes de distintas etnias, estaban imposibilitados de reprimir el ensimismamiento, motivo por el cual, los hombres delegados encimaron las mujeres; las mujeres a los hombres y todos terminaron encimados en sus pupitres. Las fuerzas de seguridad anularon un sexo, porque al reprimir, los agentes equipados para antimotines, abandonaban sus uniformes para encimar a sus compañeras oficiales o a quienes iban a reprimir. El mundo está envuelto en un caos. Los legisladores retenidos en sus bancas por cintas de embalar, pudieron sesionar y definir dos acciones: un comité internacional de oculistas y cardiólogos tienen inexorablemente que definir esta situación que ya deterioró la economía mundial. Se había globalizado la retina y el mundo industrial estaba paralizado. Hubo conflictos raciales; judíos y musulmanes encimados, buscando también el amor y no la guerra. Americanos y cubanos, encimados buscando el calor del amor. Hasta el mismo Bush encimó a la hermana de Ben Laden y el Papa, persiguió las Carmelitas Descalzas, que por casualidad visitaban los salones cercanos a su despacho. El mundo convulsionado por el amor y lo más triste: se olvidaron de la guerra. Las empresas de armamentos durante cinco años no vendieron un solo fusil, una sola bomba, un solo avión de combate, hasta que decidieron fabricar anteojos bélicos del amor para peleas entre parejas felices. Los movimientos de liberación quedaron sin combatientes porque al dar el primer grito de ¡avanzar! si había mujeres abandonaban su arma para encimarlas. Los oculistas a su vez, denostaron el poderío de los cardiólogos bufándose de ellos porque si el corazón es realmente el amor: la flecha lo ha matado antes de nacer. Pero todo tiene un final en esta vida. Los cardiólogos sostuvieron que fue una casualidad mal intencionada, y los oculistas, no pudieron explicar el *amor de ciegos y tuertos*, o quienes llevan cataratas de por vida. De nada sirvió que algunos mantuviesen esa teoría en vigencia. Nuevamente los cardiólogos se adueñaron del amor, y reinstalaron las imágenes tradicionales del corazón, como el símbolo insustituible de ese estado. Los oculistas vencidos y humillados decidieron de común acuerdo, negarse a seguir investigando la retina, y el mundo, fue rápidamente recuperando tradiciones y leyendas. La violencia y las guerras reaparecieron, los conflictos religiosos y étnicos florecieron. La gente no se encimó más en la vía pública. Las jóvenes mujeres nuevamente dejaron de mirar de frente en las calles, en los bares, en los lugares públicos. Las invadió una profunda tristeza y desazón. La *iglesia* restableció la flecha como el símbolo de su poder, atravesando el corazón. Los políticos, nuevamente hablaron con el corazón en la mano. Las compañías comerciales restituyeron el corazón como símbolo del amor eterno. La costumbre justificada de encimarse *antes* de conocerse fue derrumbada y prohibida; llevó a la población joven al tedio y aburrimiento. Una frustración sentimental invadió el planeta y la persecución de *Dagoberto* y *Rudecinda* fue implacable. Tuvieron que escapar y buscar en el anonimato la paz y nuevas formas de vida e ilusiones. Después de cinco años de fuga y desencuentros, regresaron a *Piedra Linda*, pero con trabajos distintos. *Dagoberto* se reencontró con la escultura y su intención al deporte; *Rudecinda* con sus funciones de ama de casa, temía salir a las calles y en sus horas de soledad y aburrimiento, aprendió a tocar el piano viejo que estaba arrinconado en una habitación. *Bendita* ya no estaba con ellos. Los últimos años estuvo enferma de su diabetes que fue invadiendo lentamente todas sus arterias, cerrando circulaciones fundamentales en brazos y piernas lo que obligó a amputaciones progresivas, que fueron reduciendo su tamaño y también su cama, pero aún en estas condiciones reparó un cochecito de niña y se dejó llevar por las rutas y pueblos empujado por un sirviente fiel y de tantos años como ella. Se perdió en esos violentos tumultos de encuentros retinianos, buscaba en ese entonces un nuevo amor. Nadie supo decir si lo encontró. El sirviente también desapareció con ella.

El graduado

¡¡Perpetuo Poseidón Sendas!!.....Llamó el rector con un título en su mano derecha parado en el tablón sobrio de la Universidad. Su voz no necesita micrófono. Es sorda y seca. De caverna. Ubicado en el centro del escenario, semeja estar en un rincón del Olimpo. La imagen del rector -lo más parecido a un Zeus- girando su cabeza cuadrada y barbada de nieve ante un auditorio silencioso blandiendo el diploma como si fuese la égida que acostumbraba elevar para señalar el águila.

La voz que siempre lucha por perpetuarse

Sabe de su condena

Nunca, regresa a la memoria.

*Miró desconcertado las tres primeras filas donde sentaron a los egresados que recibían su diploma. Buscó tal vez un joven barbado con un tridente acompañado de un delfín -ocurrencia por su nombre-. No conoce al joven Perpetuo Poseidón, pero, por comentarios sabe que es uno de los mejores alumnos de la camada. **La primera que egresa alumnos con el nuevo título Universitario:***

Lic. Creador de fantasías

Las fantasías incorpóreas

Flotan audaces

Perpetuo Poseidón se levantó despreocupado. Se diría lento. Es su personalidad y costumbre. Es un joven de treinta años. Desprolijo en su vestimenta; el pelo desordenado acompaña su abandono. Hay en él una mirada profunda y fría que llama la atención. Una mirada de hielo. Alguien lo comparó a Hefesto, por ser cojo y desgarbado. Perpetuo Poseidón, avanzó desafinando su paso. Mirando el piso como si buscara una moneda de oro en un río, hasta llegar al rector. Tendió su mano. Capturó la del funcionario, y no la soltó. Sorprendido, el rector, con su otra mano libre le entregó el diploma. Perpetuo Poseidón clavó por primera vez sus ojos en la retina del funcionario universitario y sondeó la profundidad de su alma. Almacenó su memoria; vació su historia y luego agradeció en voz baja, como si una vergüenza muy extraña lo invadiera. Segundos después lo abrazó y acercándose al pabellón de la oreja derecha del rector, mordió el lóbulo carnoso hasta sentir el tibio fluido sanguíneo en sus labios. Retiró su colmillo diciéndole

-Hay que imprimir diplomas invisibles-

Soltó la mano de un rector estupefacto y dolorido. Dio media vuelta y ubicándose en el centro del escenario sobrio y formal, miró al público. Una luz brillante asomó desde el techo del recinto. Las luces

laterales se apagaron. Un blanco haz luminoso casi incandescente atravesó el oscuro vacío atrapando la imagen desprolija de un Perpetuo Poseidón exultante y desafiante que lentamente tomó con sus dos manos delgadas y casi amarillas de tabaco el diploma. Un temblor de gozo se apoderó de su cuerpo y reconoció al auditorio como propio, mientras el rector con su pañuelo blanco secaba su desangre.

La sangre brota silenciosa

Humillando la soberbia

Elevó el título por encima de su cabeza; lo giró una y otra vez como si realizara el acto de triunfo y derrota juntos, y lo rompió en varios trozos ante la apnea colectiva de un público subyugado por el acto y la magia lumínica. Segundos más tardes, fue colocando los trozos en su boca, triturando lentamente cada pedazo del diploma, al igual que cuando Cronos digería sus propios hijos por temor a ser traicionado. Mastica en silencio. Un auditorio maravillado y paralizado avaló el acto diplomofagia. Perpetuo Poseidón eructó y señalando el abdomen de su cuerpo, con las dos manos entrelazadas en su ombligo dijo:

-¡Por Hades...dios del mundo subterráneo! Ahora soy un licenciado de Fantasías- Su voz retumbó en el salón y flotó en rincones y superficies de yeso delicadamente trabajado en los bordes del techo.

Sonrió con naturalidad. La luz blanca desapareció. El ambiente oscuro, se iluminó de rojo intenso y Perpetuo Poseidón caminó con desparpajo hacia la escalera de diez escalones. Una sombra de perro de con tres cabezas y cola de dragón, lo acompañó cuando bajó con satisfacción cada peldaño, y con orgullo, señaló con su dedo índice derecho un estómago empapelado de honores sellados, para dirigirse nuevamente a su silla de egresado. Cuando se sentó, la luminosidad roja mutó a blanca y el salón cobró su dimensión original. La sombra del Cerbero desapareció.

Una imagen de sombra gris

Un espectro

Un fantasma

La sala, sorprendida en su comienzo y conmocionada después, estalló en aplauso al unísono. Egresados y familiares impactados gratamente por el mensaje sincero y progresista, reaccionaron. Minutos después, compañeros de Perpetuo Poseidón, se pusieron de pie elevando sus diplomas flamantes por sobre sus cabezas imitando el gesto altivo de Perpetuo y comenzaron a partir y repartir trozos de diplomas y comerlos como si fuesen parte de un aperitivo previsto. Una verdadera y auténtica comunión académica. Casi; una orgía de diplomas.

El festín de una velada

Huyendo de la realidad

*Perpetuo Poseidón demostró una vez más su capacidad. En menos de cinco minutos, había generado dos ideas claves: **Títulos invisibles. Cuerpos diplomados.***

-¡Este joven tiene un futuro extraordinario!- Comentó el rector incómodo y emocionado, aún cuando su oreja sangraba, mientras recibía un pedazo de diploma que un estudiante le alcanzó. Lo comió paladeando tinta fresca.

Perpetuo Poseidón Sendas, no tenía certeza de lo que le esperaba en vida. Su permanente generación de fantasías muchas veces lo atormentaba. Cuando aparecía una, la documenta en cualquier papel. Sin querer, el mundo había encontrado un genio que revolucionaría el planeta. Perpetuo se mantuvo sereno durante todo el acto académico y feliz de comprobar que la idea de comer diplomas, haya cundido tan rápidamente. Durante esa hora y media, escribió en su libreta de bolsillo cuatro ideas que luego desarrollaría.

La genialidad del artesano creador

Contagió al auditorio

*Perpetuo se levantó acompañando al resto de asistentes y aplaudió la culminación del acto. Guardó su libreta y caminó por los pasillos alfombrados hasta el hall de entrada donde graduados y familiares se felicitaban mutuamente. Todos mastican diplomas. Su familia no estaba por razones obvias: huérfano. Caminó como si estuviese rodeado de flores, como en los jardines de las azaleas de Kew. Pero regresó al lugar cuando una astilla atravesó su gastada zapatilla como si fuese la del cactus de Lanzarote que lleva en su pié derecho hace años. Luego, abrazó sus compañeros que acudieron a saludarlo al darse cuenta de su soledad. A su mejor amigo **Tránsito Sintempo** le dijo con orgullo.*

-Hemos logrado finalmente nuestro objetivo: Digerir títulos. Es nuestra oportunidad de vida y libertad. Un diploma en el papel envejece, mientras que en estómago, durará toda una vida. Sabemos que el conocimiento logrado ya es parte de nuestro ser y de nuestra memoria- Con voz serena recordó

-Los hombres necesitan a menudo la compasión en el pecho y las lágrimas en los ojos... decía Martí...nosotros Tránsito, lo hemos logrado-

Visiblemente emocionado. Orgulloso de su proeza, Perpetuo Poseidón miró el salón concurrido engalanado de adornos elaborados por los propios egresados. Sintió lástima. Pensó que el éxito destruye al hombre, lo corrompe. No hay éxito sin fotos. Cientos de estas invadieron grupos. Los flashes enceguecieron a más de uno. Perpetuo se excluyó de ellas.

-Así es Perpetuo. De ahora en adelante, seremos más que la nada- Sostuvo serio Tránsito.

Se abrazaron como si el triunfo de esa batalla intelectual de cinco años, hubiese sido ganado en forma contundente. Un nuevo camino académico iniciaba esa Universidad. Las fotografías de rectores

centenarios colgadas en los pasillos, tomaron vida. Los ojos de ellos convergieron al escandaloso recinto que había rechazado la colación tradicional en señal de reprobación.

-Somos... todo lo que irá a la nada amigo- respondió Perpetuo

Fin